

Acerca del masoquismo en Freud *

Leda Doat **

Susana Japkin ***

El término masoquismo, como tantos otros acuñados por el psicoanálisis o provenientes de otros campos, ha pasado por el proceso de divulgación, generalización, indiscriminación, malversación, y otros males, hasta llegar a significar todo, o su equivalente, nada.

Recorramos el texto de Freud sobre el masoquismo¹, donde es enmarcado desde el título como un problema. Más específicamente un problema económico, es decir, ni tópico ni dinámico.

El masoquismo aparece como un peligro en relación al principio del placer, guardián de la vida, hipótesis con la que comienza y termina el trabajo.

Axiomáticamente, Freud necesita defender la teoría del dualismo pulsional, soporte de su conceptualización teórica, acechada permanentemente por esta pasión yoica por la unidad, tentación que habitaba aún a sus dilectos seguidores.

Un breve paréntesis, ya que es difícil sortear la pasión tentadora de pretender decirlo todo. Debemos dejar de lado las puntuali-

* Puntuaciones a partir del seminario de 1992 con la Dra. Sara Glasman, a quien expresamos nuestro reconocimiento.

** Doctora en psicología de la UNAM, ex docente UAM-X, psicoanalista radicada en Argentina.

*** Psicoanalista, docente de la Universidad de Buenos Aires, Argentina.

¹ Freud, S. (1924), *El problema económico del masoquismo*, Ed. Amorrortu, Vol. XIX, Argentina.

zaciones alrededor del principio del placer que hace Freud en este texto, pero al menos destacaremos la irrupción de la hipótesis del ritmo. El ritmo es una metáfora musical que nos lleva a los temas de la escansión, el intervalo, lo inconmensurable en los ritmos y al problema del orden temporal de las modificaciones que hacen series.

Transita el tema por la vía de tres definiciones difíciles de articular entre sí en la medida de que no se trata de una clasificación metapsicológica: masoquismo femenino, masoquismo primitivo erógeno, y masoquismo moral. Al segundo lo señala como fundamento de los otros dos.

Masoquismo femenino

a) En primer lugar, nos es conocido por las fantasías de sujetos masculinos perversos. Son fantasías al estilo de *Pegan a un niño*², pero con una *significativa diferencia*. En el texto de 1919 se refiere a sujetos neuróticos –obsesivos o histéricos– mientras que en el de 1924 se trata de las fantasías del sujeto perverso: el goce de una mujer fantaseado por un varón –Lacan insistirá a su tiempo que el masoquismo femenino es un fantasma del deseo masculino.

Esto ha tenido su peso en las discusiones sobre la sexualidad femenina. Por ejemplo, en *Las formaciones del inconsciente*³ Lacan discute con algunas de las conocidas mujeres psicoanalistas, el modo en que se ha psicologizado el complejo de castración.

Entendemos que el planteo de este texto freudiano es que el sujeto masculino perverso fantasea el goce femenino como goce masoquista. Freud las llama fantasías femeninas porque alude a colocarse en una posición propia del otro sexo.

Si la dialéctica es “falo-castración”, la otredad está siempre en el polo femenino. Se entiende entonces que la pregunta perversa por excelencia sea la pregunta por el goce femenino; clínicamente, si una mujer despliega esta misma fantasía sospecharemos una identificación al varón y no una esencia masoquista de la femineidad.

² Freud, S. (1919), *Pegan a un niño*, Ed. Amorrortu, Vol. XVII, Argentina.

³ Lacan, J. (1957-1958), *Las formaciones del inconsciente*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.

b) Así como recorta el concepto de goce femenino desvinculándolo de la mujer, establece la diferencia con la perversión infantil. No está hablando, por ejemplo, del goce del chupeteo del recién nacido, sino del campo de la satisfacción sexual propia del fantasma, es decir que la referencia es el acto sexual.

La idea que persiste es la de la perversión como residuo edípico y no como un resabio de la perversión polimorfa infantil que no habría transitado por el campo de la neurosis.

c)

Las escenificaciones reales de los
perversos masoquistas responden
punto por punto a esas fantasías, ...
aquellas no son sino la realización
escénica de las fantasías...⁴

Se podría pensar que encontramos aquí un elemento importante para el diagnóstico diferencial entre neurosis y perversión: el neurótico fantasea, el perverso además plantea situaciones reales donde despliega coincidentemente lo que fantaseó.

Pero en cambio, si lo leemos como una noción de estructura, la diferencia no se soporta en el acto efectivamente realizado, sino en la fantasía misma que sostiene la escena. La fantasía como forma de abordaje del acto sexual es el planteo de este texto. Luego se convertirá en ley para Lacan, al plantear que no hay modo de abordar la realidad que no sea por medio del fantasma.

En síntesis: se trata de un "sobre la escena". La fantasía implica una escena, y es sobre ella que el masoquista se identifica con la mujer, objeto de goce para el varón.

En *Pegan a un niño*⁵ está resaltada la posición de pasivo y castrado que implica el amor al padre, problema para la evolución de la sexualidad masculina. Acá el sujeto es perverso; no aparece el padre, aparece la mujer y el acto sexual, y la pregunta por el goce de la mujer, para abordar la satisfacción sexual del otro sexo.

Estos dos textos, *Masoquismo* y *Pegan a un niño*, contienen la presentación más meticulosa hecha por Freud de la fantasía, hoy llamada fantasma.

⁴ Freud, S., *El problema económico del masoquismo*, p. 168

⁵ *Op. cit.*

zaciones alrededor del principio del placer que hace Freud en este texto, pero al menos destacaremos la irrupción de la hipótesis del ritmo. El ritmo es una metáfora musical que nos lleva a los temas de la escansión, el intervalo, lo inconmensurable en los ritmos y al problema del orden temporal de las modificaciones que hacen series.

Transita el tema por la vía de tres definiciones difíciles de articular entre sí en la medida de que no se trata de una clasificación metapsicológica: masoquismo femenino, masoquismo primitivo erótico, y masoquismo moral. Al segundo lo señala como fundamento de los otros dos.

Masoquismo femenino

a) En primer lugar, nos es conocido por las fantasías de sujetos masculinos perversos. Son fantasías al estilo de *Pegan a un niño*², pero con una significativa diferencia. En el texto de 1919 se refiere a sujetos neuróticos –obsesivos o histéricos– mientras que en el de 1924 se trata de las fantasías del sujeto perverso: el goce de una mujer fantaseado por un varón –Lacan insistirá a su tiempo que el masoquismo femenino es un fantasma del deseo masculino.

Esto ha tenido su peso en las discusiones sobre la sexualidad femenina. Por ejemplo, en *Las formaciones del inconsciente*³ Lacan discute con algunas de las conocidas mujeres psicoanalistas, el modo en que se ha psicologizado el complejo de castración.

Entendemos que el planteo de este texto freudiano es que el sujeto masculino perverso fantasea el goce femenino como goce masoquista. Freud las llama fantasías femeninas porque alude a colocarse en una posición propia del otro sexo.

Si la dialéctica es “falo-castración”, la otredad está siempre en el polo femenino. Se entiende entonces que la pregunta perversa por excelencia sea la pregunta por el goce femenino; clínicamente, si una mujer despliega esta misma fantasía sospecharemos una identificación al varón y no una esencia masoquista de la femineidad.

² Freud, S. (1919), *Pegan a un niño*, Ed. Amorrortu, Vol. XVII, Argentina.

³ Lacan, J. (1957-1958), *Las formaciones del inconsciente*, Ed. Nueva Visión, Buenos Aires.

b) Así como recorta el concepto de goce femenino desvinculándolo de la mujer, establece la diferencia con la perversión infantil. No está hablando, por ejemplo, del goce del chupeteo del recién nacido, sino del campo de la satisfacción sexual propia del fantasma, es decir que la referencia es el acto sexual.

La idea que persiste es la de la perversión como residuo edípico y no como un resabio de la perversión polimorfa infantil que no habría transitado por el campo de la neurosis.

c)

Las escenificaciones reales de los perversos masoquistas responden punto por punto a esas fantasías, ... aquellas no son sino la realización escénica de las fantasías...⁴

Se podría pensar que encontramos aquí un elemento importante para el diagnóstico diferencial entre neurosis y perversión: el neurótico fantasea, el perverso además plantea situaciones reales donde despliega coincidentemente lo que fantaseó.

Pero en cambio, si lo leemos como una noción de estructura, la diferencia no se soporta en el acto efectivamente realizado, sino en la fantasía misma que sostiene la escena. La fantasía como forma de abordaje del acto sexual es el planteo de este texto. Luego se convertirá en ley para Lacan, al plantear que no hay modo de abordar la realidad que no sea por medio del fantasma.

En síntesis: se trata de un "sobre la escena". La fantasía implica una escena, y es sobre ella que el masoquista se identifica con la mujer, objeto de goce para el varón.

En *Pegan a un niño*⁵ está resaltada la posición de pasivo y castrado que implica el amor al padre, problema para la evolución de la sexualidad masculina. Acá el sujeto es perverso; no aparece el padre, aparece la mujer y el acto sexual, y la pregunta por el goce de la mujer, para abordar la satisfacción sexual del otro sexo.

Estos dos textos, *Masoquismo* y *Pegan a un niño*, contienen la presentación más meticulosa hecha por Freud de la fantasía, hoy llamada fantasma.

⁴ Freud, S., *El problema económico del masoquismo*, p. 168

⁵ *Op. cit.*

Masoquismo primitivo erógeno

Se trata de una hipótesis. La libido viene del campo del otro, tropieza en el campo del sujeto con la pulsión de muerte y, para volverla inofensiva, se orienta hacia afuera, por medio del sistema muscular; en consecuencia, tiene que ver con el cuerpo. El resultado de ese combate entre pulsión de muerte y libido debe coincidir con lo observable: agresividad, sadismo en el acto sexual y masoquismo.

Lo que era pulsión de muerte al interior del organismo toma el nombre de “pulsión de destrucción, de apoderamiento o voluntad de poder” a partir del choque con la libido.

Esos nombres, no muy fácilmente articulables, parecen estar pensados desde el sadismo. Sólo desde una concepción de la destrucción como desagregación, junto a la aprehensión, que implica la división del todo en sus elementos, podemos entender esta contigüidad de términos; concepción analítica que enfatiza la división.

Se construye la hipótesis de un masoquismo primitivo, que a su vez abre el problema “interior-exterior”. En el campo del dominio muscular se va a formar el *yo*, superficie corporal, que quedará como exterior. Lo que pervive en el interior es una exterioridad.

De ahí la insistencia de Lacan en introducir la topología para abordar el problema “exterior-interior”, planteando que en el “objeto *a*” se refugia el goce masoquista y que el sadismo se juega en el cuerpo.

El acento está puesto en la orientabilidad, concepto también central en topología. En un primer momento –mítico– el *yo* es la máxima interioridad que luego se exterioriza –en términos de Lacan⁶: ex-timidad, objeto *a* como pedazo de cuerpo que se desprende, que queda fuera del dominio del *yo*.

El masoquismo primitivo erógeno no es un observable. El punto de partida –clínico–, es la reacción terapéutica negativa, relacionada con la conciencia inconsciente de culpa, cuyo topos es la moral inconsciente.

El masoquismo primitivo tiene la misma necesidad lógica que tuvo la represión primitiva, o la identificación primitiva.

Nos puede parecer idéntico el masoquismo primitivo erógeno al sadismo primitivo de *Pulsiones y sus destinos*⁷. Este masoquismo

⁶ Lacan, J. (1959-1960), *La ética del psicoanálisis*, Ed. Paidós, Argentina.

sería un testimonio y una supervivencia de aquella fase en la que se formó la amalgama entre pulsión de muerte y eros, suceso de importancia esencial para la vida.

Pasar del sadismo primitivo al masoquismo primitivo tiene una doble utilidad:

a) Fortalecer la teoría del dualismo pulsional y la hipótesis del encuentro de la pulsión de muerte con la libido. Pulsión de muerte como innata, como primera, que se encuentra secundariamente con libido como cantidad de energía sexual. Es coheente con la idea de Freud en *Tres ensayos*⁸ del encuentro con una co-excitación sexual. No se nace sexual, hay una introducción de la sexualidad a causa del otro. Se trata de una intersección, de una articulación, de una conjunción.

b) Poder avanzar en la explicación del retorno del sadismo al campo del sujeto. Si puede volver es por el masoquismo primitivo. Ese retorno sumado a la regresión será de nuevo masoquismo: masoquismo secundario.

Doble utilidad de nombrar al masoquismo como anterior al sadismo, correlato de nombrar a la pulsión de muerte como anterior a la de vida.

Además de ser primario, es lo que más se conserva. Las fases de evolución de la libido aparecen como las distintas formas que puede adquirir una satisfacción que siempre es idéntica, que siempre es masoquista —*Pegan a un niño*—. Desde esta hipótesis de masoquismo es posible explicar varios tipos de fantasías correspondientes a las distintas fases, y también que el masoquismo tenga que ver con *partes del cuerpo*. Aquí se sustenta el planteo de Lacan de que el goce se refugia en una parte del cuerpo que se separa, en la fase anal serán las heces, en la fase oral el pecho y el pene en la genital.

Si en *Pulsiones y sus destinos*⁹ la pulsión se satisfacía volviendo al borde; en *Más allá del principio del placer*¹⁰ se satisfacía por repetición pulsional, por la ley que rige los procesos inconscientes.

Uno puede preguntarse: ¿porqué no toma a la repetición como monumento conmemorativo del encuentro de la pulsión de muerte con eros, si ya puso la repetición como marco de la satisfacción

⁷ Freud, S. (1915), *Pulsiones y destinos de pulsión*, Ed. Amorrortu, Vol. XIV, Argentina.

⁸ Freud, S. (1905), *Tres ensayos de teoría sexual*, Ed. Amorrortu, Vol. VII, Argentina.

⁹ *Op. cit.*

¹⁰ Freud, S. (1920), *Más allá del principio del placer*, Ed. Amorrortu, Vol. XVIII, Argentina.

pulsional y la explicó con el principio de placer, y más allá del principio de placer?

Sabemos que Freud estaba guiado por un marco científico que lo impulsaba a economizar los términos que introducía. Desde ese principio sería esperable que redujera la explicación a la repetición, sin necesidad de introducir el problema del masoquismo como primitivo y como forma de goce de la fantasía.

Una respuesta que nos sugiere el propio texto es que masoquismo implica repetición más castración. Por ejemplo, al hablar del masoquismo femenino dijo:

La castración o el dejar ciego, que la subroga, ha impreso a menudo su huella negativa en las fantasías: la condición de que a los genitales o a los ojos, justamente, no les pase nada.¹¹

En primer lugar establece drásticamente una equivalencia entre la castración y el temor a perder el sentido de la vista. Esta relación le viene de Edipo, obviamente, pero nos remite también al problema de la relación fase fálica-objeto escópico.

En la adición de 1923 de *Tres ensayos*¹², Freud discute con Abraham el concepto de castración primaria como referida al pecho materno y a las heces y afirma enfáticamente que:

sólo cabe hablar de un complejo de castración cuando esa representación de una pérdida se ha enlazado con los genitales masculinos.¹³

Entendemos que se trata de una voz de alerta para no confundir ni quitarle especificidad a la castración y así ubicar correctamente la angustia de castración. Es desde una resignificación *après-coup* que todo juego de ausencias y presencias, sea con el pecho, sea con las heces, está marcado por la angustia de castración.

Aquí hay una marca que nos lleva a pensar el problema de la castración en una relación de lo fálico con lo escópico. Toda fantasía de castración implica lo que Lacan escribe como “-φ”: falta

¹¹ Freud, S., *El problema económico del masoquismo*, op. cit., p. 168.

¹² Freud, S. (1923), *La organización genital infantil*, Ed. Amorrortu, Vol. XIX, Argentina.

¹³ Op. cit. p. 148.

la imagen del pene que debería estar allí, escritura de la dialéctica fálica desde el punto de vista de lo imaginario.

Si la dialéctica es “pene-castración”, las fantasías de castración están marcadas por este “-φ”, que deja su huella negativa en ellas. Este “-φ” implica alguna estructura de relación entre fase fálica y objeto escópico: sin objeto escópico no hay fantasma.

Recordemos que teníamos dos derivas de la pulsión: la escópica y la sado-masoquista –*Pulsiones y sus destinos*¹⁴. La deriva sado-masoquista es suficiente para extraer la fantasía de *Pegan a un niño*¹⁵, o la relación del yo con el *superyo*.

Pero si la perversión aquí es tratada como residuo edípico, implica que para que haya fantasía tiene que haber regresión desde lo escópico a lo fálico. Estamos diciendo que no hay modo de concebir la neurosis ni la perversión si no es desde la angustia de castración, desde fase fálica con campo escópico. En *El yo y el ello*¹⁶ se le agrega el campo invocante en el que insistirá Lacan.

Poner repetición más castración, o si se quiere, repetición más ley del padre en relación a la castración, implica que no hay fantasía en Freud sin fase fálica, sin complejo de castración, y que toda fantasía conlleva necesariamente algún tipo de relación con el padre.

Agreguemos una pequeña nota en el estribo: Freud no ubica la perversión en una posición de falla con respecto a una estructura normal, sino como estructurante y son los fracasos en la cura los que hacen necesario adicionar hechos a la estructura.

Masoquismo moral

Ya no se trata de una satisfacción perentoria exigida por la pulsión, por el ello, sino que Freud va avanzando sobre la satisfacción fundamental como negativa con respecto al deseo, a la libertad de cargas, a la posibilidad de movimiento del aparato, a la posibilidad de sublimación: la satisfacción mayor aparece en relación a la culpa.

¹⁴ *Op. cit.*

¹⁵ *Op. cit.*

¹⁶ Freud, S. (1923), *El yo y el ello*, Ed. Amorrortu, Vol. XIX, Argentina.

Proseguirá esta línea en el trabajo sobre *Moisés*¹⁷, al plantear la hipótesis de que hay una ganancia de placer al satisfacer al superyo en lugar de satisfacer al ello.

El conflicto entre *yo* y *superyo* es lo que está llamando conciencia moral, sentimiento inconsciente de culpa. La necesidad de castigo es simplemente la manifestación de este proceso, extremadamente inconsciente. No se trata de los reproches melancólicos u obsesivos. Este sentimiento inconsciente de culpabilidad no parece volcarse en un discurso, sino sostener la posibilidad misma de discurso, del lado de la repetición, las conductas, las acciones, los *actings* o pasajes al acto.

Metodológicamente trabaja con el modelo de culpa consciente: lo pobre que es el *yo* respecto al *ideal* –en versión religiosa sería “todo lo que me falta para parecerme a ti, señor”–. En los reproches de la culpa consciente en general vemos la distancia que hay entre cómo uno es, lo que hubiera esperado ser, o lo que el padre esperó para uno. Ese es un discurso preconsciente, tiene que ver con la deuda, con el deseo y con el ideal.

Para entender a qué se refiere Freud en el apartado sobre masoquismo moral, nos resulta indispensable hacer una aparente disgresión por el concepto de *superyo*.

En *El yo y el ello*¹⁸ planteó que su origen es la identificación y por tanto conserva rasgos de las figuras parentales: “poder, rigor, vigilancia, castigo”. Es imposible generalizar los caracteres esenciales de las personas madre y padre como tales, no está hablando de la novela familiar del neurótico. Estas características sólo son entendibles si se refieren a la estructura misma de constitución del sujeto –también puede ser agobiante superyoicamente un padre comprensivo, maravilloso con el cual el hijo no se puede pelear nunca.

Por lo tanto, “poder, rigor, vigilancia, castigo” hablan de alguna consistencia dada al lugar paterno a partir de la deriva pulsional sado-masoquista.

Lacan intenta explicar esto poniendo la voz como “objeto *a*” de la pulsión sado-masoquista. La voz es la voz del padre, porque las primeras palabras vienen del *Otro*. La parte sádica puede tener más que ver con este “poder, rigor, vigilancia, necesidad de castigo”,

¹⁷ Freud, S. (1939), *Moisés y la religión monoteísta*, Ed. Amorrortu, Vol. XXIII, Argentina.

¹⁸ *Op. cit.*

que hace al núcleo formador de cualquier *superyo*, independientemente de quien encarne el lugar paterno.

Freud une la formación del *superyo* con la condición económica de inmixinión o separación pulsional. La transformación en libido que realiza el *yo*, de carga erótica del *ello*, fortalece, a pesar suyo, la pulsión de destrucción. Por lo tanto, con esa energía el *superyo* se hace sádico.

La necesidad de castigo se relaciona con el sentimiento inconsciente de culpa, y éste con la función del *superyo*, heredero del complejo de Edipo, que implica esas transformaciones hechas sobre las cargas del *ello*. Con lo cual el *yo*, que creía triunfar sobre el *ello* por medio de la identificación, se encuentra con que ahora tiene una nueva servidumbre: al *superyo*.

La operación identificación es la responsable. Acá nombra como identificación la persistencia de la presencia del rasgo. El *superyo* insiste, sigue teniendo esta función de vigilancia, durante todo el transcurso de la vida de un sujeto.

Económicamente, es el nombre de la sustitución de carga erótica por una carga de un representante interior en el aparato. Esta es la solución que ofrece la identificación, en el sentido del duelo. El duelo es lo único que se puede hacer frente a cualquier pérdida de objeto, es decir que tiene un valor positivo en la economía psíquica, vinculado a la constitución del deseo.

Para dar cuenta de la melancolía –a la que le dio participación en la constitución del yo en *Duelo y Melancolía*¹⁹–, tiene que darle a esta identificación no sólo un valor positivo sino también una participación económica tal que explique el mantenimiento, el sostén infinito de esta crueldad instalada en relación a las permanentes servidumbres del yo, es decir, al hecho de que el yo no pueda salir nunca de la dialéctica de las servidumbres.

El intento de Freud de diferenciar “duelo” y “melancolía” tenía como finalidad distinguir los efectos y las dialécticas referentes a la identificación, ya que es por un lado una buena estrategia dinámica pero una mala táctica económica.

La complejidad del *superyo* reside en ser tanto abogado del *ello* como representar por su origen –la identificación con los padres–,

¹⁹ Freud, S. (1915), *Duelo y melancolía*, Ed. Amorrortu, Vol. XIV, Argentina.

al mundo exterior. El *superyo* implica una especie de intersección entre *ello* y la manera de pasar por el complejo de Edipo.

Permanece con tanta presencia porque una vez introyectados en el aparato psíquico, de todas maneras subsisten las figuras paternas o sus derivados en el mundo exterior. Freud hace aquí una serie iniciada por los padres cuyas últimas figuras serían el destino, Dios, y la naturaleza. Es una serie que no se disuelve y que hace a la permanencia de la marca de los padres. Esa coincidencia haría a su fortalecimiento y hace que el *superyo* aparezca como sustitución o metáfora del complejo de Edipo.

A Freud le sirve acoplar lo que ahora diferenciamos como funciones libidinales –“ideal del yo”– y funciones del *superyo*, le permite hacer más paradójico al *superyo*: despótico, tiránico, pero también relacionado con el amor, con el humor.

En el texto sobre el humor²⁰ éste aparece como rebelde con respecto al sadismo del *superyo*. Freud lo pone en serie con los métodos que la vida ha desplegado a fin de defenderse, de sustraerse de la compulsión de padecimiento. Se lo podría pensar como una serie desde el principio del placer al goce.

Si hasta 1927 Freud confiaba en la sublimación como salida, aquí la apuesta es al humor, aunque no en el sentido de guía en la dirección de la cura, sino como solución propia del aparato.

La particularidad del humor consiste en hacer discurso sobre lo traumático allí donde éste es imposible, dada la imposibilidad de describirlo con palabras. Pasar a un discurso implica rechazar algo de lo real.

Lacan relaciona al *superyo* con la orden de “gozar”, y pone el problema del amor del lado del ideal. Freud los mezcla para deslindar este problema del amor, cosa que en *Inhibición, síntoma y angustia*²¹ está dicho como: necesidad es necesidad de amor del padre, asimilada con la necesidad de amor del *superyo*. En dicho texto dice que el nombre del padre es el padre del nombre del amor. El amor lo pasa a la estructura de la función paterna.

²⁰ Freud, S. (1927), *El humor*, Ed. Amorrortu, Vol. XXI, Argentina.

²¹ Freud, S. (1926), *Inhibición, síntoma y angustia*, Ed. Amorrortu, Vol. XX, Argentina.

Comentarios de partida

Freud introduce una paradoja al afectar al *yo*, que parte de un núcleo preconsciente, con una operación totalmente inconsciente, y al *superyo*, que es inconsciente, con una que es preconsciente. Hay un entrecruzamiento.

Sería más fácil decir que el masoquismo moral depende del *superyo* que es totalmente inconsciente mientras que el sadismo se emparenta con el *yo* que es preconsciente.

Perfectamente podríamos decir que los bajos instintos del *yo* son *ello*, la moral inconsciente del *yo* es *superyo* y el «yo» queda preconsciente, superficie corporal. Sería un esquema mucho más sencillo.

Recordemos que Freud partió del *yo*; por reconocer una parte inconsciente del *yo* se inventa el *ello*; por reconocer una moral inconsciente y un mecanismo de identificación en la formación del *yo* se inventa un *superyo*.

El masoquismo moral sería el nombre de aquello por lo cual la segunda tópica no subsume a la primera. Hablar de reacción terapéutica negativa, de resistencia inconsciente por parte del *yo* es hablar de la división del *yo*, pero también es hablar de que las dos tópicas no encajan.

El *superyo* y la conciencia inconsciente de culpa lo hicieron retornar al examen del masoquismo moral. Entonces se plantea el problema de diferenciar el masoquismo moral de la culpa inconsciente, tratando de distinguir el masoquismo del *yo* del sadismo del *superyo*. Esta diferencia es, al mismo tiempo, la crítica de haberlos visto como reversibles en *Pulsiones y sus destinos*²². En ese texto planteó que no era necesario mantener una noción como la de masoquismo al tener la de un sadismo vuelto sobre sí, en cuyo caso esa reversibilidad conduciría a tratar a sádicos y masoquistas como *partenaires*. En realidad la única pareja sadomasoquista que existe es la del *yo* con el *superyo*.

El acento puede estar puesto sobre el sadismo del *superyo* al cual uno se somete, o en el masoquismo moral donde es el propio masoquismo del *yo* el que demanda castigo, no importa la instancia de la cual lo recibe. En ambos casos se trata de una relación entre

²² *Op. cit.*

yo y *superyo* –tópicamente no hay diferencias– y de una necesidad satisfecha por un castigo –desde el punto de vista dinámico son idénticos. La diferencia que introduce es que el sadismo del *superyo* se hace por lo general más consciente, puede ser más fácilmente trabajable, interpretable, es discursivo. Desde el punto de vista clínico el masoquismo moral es el más problemático en tanto irreductiblemente inconsciente.

En relación al masoquismo moral, resurge el problema de cómo teorizar la satisfacción en Freud:

- a) satisfacción de la pulsión volviendo al borde,
- b) satisfacción de la pulsión en la repetición,
- c) satisfacción masoquista.

A todos estos términos: masoquismo, masoquismo primitivo erógeno, satisfacción por repetición de la pulsión, satisfacción de la tendencia de culpa, satisfacción de los pedidos del *ello*, Lacan los nombra “goce”.

Entonces, el masoquismo moral es una construcción en el análisis, una deducción lógica, a la manera de la segunda fase de la fantasía de *Pegan a un niño*²³. Es el nombre de lo que no puede ser desexualizado, del “goce” que queda a pesar de que “no hay relación sexual”.

Es aquello por lo cual no hay disolución del complejo de Edipo: el resto del complejo de Edipo es el masoquismo moral, sexualización de la moral, feminización con el padre como objeto erótico.

Freud llama masoquismo moral a un tipo de satisfacción indervivable que permanece, que subsiste. Es el nombre de una cantidad económica que no puede ser coordinada por el principio del placer, es una carga que nunca va a poder ser ligada en términos de *Más allá del principio del placer*²⁴. Nombra aquello imposible de ser llevado a la conciencia, de ser elaborado o de ser ligado por medio de alguna interpretación, por eso mismo puede siempre reunirse con algún significante para hacer síntoma.

De acuerdo a estos trabajos, de acuerdo a esta queja freudiana de no poder terminar la cura debido a la reacción terapéutica negativa, relacionada con el fundamento de la satisfacción del fantasma en el síntoma, no parece haber posibilidad de pensar un su-

²³ *Op. cit.*

²⁴ *Op. cit.*

jeto sin síntoma. Lo que el inconsciente no se puede representar, lo que no puede saber ni nombrar, tendrá consistencia sintomática.

En ese sentido, el masoquismo moral nombraría en Freud un «goce» imposible de disolver, o lo que hace al fracaso de la sublimación y al sustrato de las fijaciones imposibles de desligar.

El masoquismo erógeno nombra una satisfacción irreductible, no sólo relacionada con lo erógeno, sino fundante de la moral. La formulación resumida es: no hay sexualidad sin culpa.

El viraje que está dando es entre “hay sexualidad en el origen de la neurosis” a la fórmula “no hay sexualidad sin culpa en el origen de la neurosis”. Ya no se trata de una sexualidad perversa que introduce la culpa y la represión por factores externos, causa del sufrimiento de los neuróticos. Se trata de la moral como inconsciente.

No está diciendo que el inconsciente sea el lugar de los bajos instintos y de la pura perversión. Este giro se da al plantear el fantasma de *Pegan a un niño*²⁵ como residuo edípico y ya no como una perversión polimorfa infantil anterior a la entrada del Edipo.

Esto hace a un nudo de estructura. Es un viraje dado en *Más allá del principio del placer*²⁶, por la manera de concebir la repetición como ley que rige el inconsciente.

Tanto masoquismo como sadismo parecen suplementar al *Otro* [A], ambos parecen sostener una función superyoica. Esa función parece ser la de un *Otro* no dividido, no barrado. ¿Qué beneficio implica para el sujeto sostener esa figura?

El beneficio del lado del masoquismo es la satisfacción en la necesidad de castigo. El beneficio del lado del sadismo es lo que Freud en el *Moisés*²⁷ va a llamar ganancia de placer por obediencia al *superyo*.

¿Qué implicaría esto para el campo de la neurosis o del sujeto? Parece implicar que el deseo es la única defensa posible contra el “goce”.

¿Porqué el *yo* se entrega para pareja del *superyo* más que para pareja del *ello*? Esa es la pregunta también del *Moisés*. Eso es lo que está llamando masoquismo moral, que es masoquismo del *yo*.

²⁵ *Op. cit.*

²⁶ *Op. cit.*

²⁷ *Op. cit.*

El modelo fundamental del fantasma tiene forma sádica y satisfacción masoquista.

Porque sino ¿cómo explicar que el síntoma esté hecho de este goce displacentero pero satisfactorio al fin?

Es cierto que hay fantasías placenteras, pero no son los fantasmas que producen los síntomas, son las que permiten abordar cualquier realidad, incluso la relación sexual que “no existe”. También están las fantasías displacenteras, que –por ejemplo– satisfacen narcisísticamente.

Pero no es de eso que estamos hablando, sino del fantasma de *Pegan a un niño*. Aquello por lo cual el fin de un análisis no consiste en dejar a un sujeto sin ningún síntoma.

Entonces, lo que resulta novedoso es nombrar una moral inconsciente, que es algo muy diferente a ubicar la raíz de la moral en el Edipo y la sexualidad infantil.

Y ello no redundaría en beneficio de la moral ni del individuo²⁸

Es la hipótesis con la que había empezado el trabajo, lo que sería su no beneficio. El peligro es el “goce”. Es la ética freudiana contra esta moral que no permite la cura en análisis, reacción terapéutica negativa mediante.

²⁸ Freud, S., *El problema económico del masoquismo*, op. cit. p. 175.